

En la plaza «España Brava» se han celebrado esta temporada once festejos: tres corridas, cinco novilladas, un festival benéfico y dos «charlotadas». De ello se deduce que el empresario Sr. Zulueta acrecienta con sólidos vuelos el prestigio de la misma.

Antes de ocuparnos de los diestros que han pisado el ruedo de «España Brava», apuñalando con su índice la arena rubia de sol y sombreada de azabache, vamos a hacer un inciso a la gracia alada, al sabor telúrico de una plaza, donde las reses bravas se nos figuran tener cuernos de roca y sangre de mar, entre los nudos de sol y la tensa curvatura del cielo.

Una plaza de toros es una lluvia intensa de espadas, de cuernos, de luz, de apetencias profundas por lo trágico, de ritmo continuado por lo heroico, de sabor intenso por lo dramático, de capotes granates, homenaje al valor y al estoicismo, de arte vivo, con un sabor de belleza denso en el que un hombre y una fiera componen una imagen bifronte, con la estética del culto al peligro que todos íntimamente anhelamos. Una plaza de toros entre lunas marinas y estrellas salobres, tiene más, mucho más que todo esto, pues la sal lo conserva, lo agranda, y lo proyecta hacia un infinito, donde el «phatos» de la fiesta vive de sí mismo, en una prolongación extraña y genial.

Después de esto pasemos a analizar escuetamente los hombres que con su valor y su arte han dado vida a nuestro coso.

Joaquín Bernadó, que junto con «Chamaco» nos dieron la corrida de la temporada, tiene esta forma de hacer en que todo es fácil, dande la elegancia y la pausa es algo más que una postura, es algo que se engendra en este concepto clásico de la serenidad sin límites, donde se apoya el toreo del maestro catalán.

Antonio Borrero, «Chamaco», no es desconocido para nadie. Armó el día de su actuación un verdadero alboroto, a la medida de los que él arma con este toreo suyo tan peculiar y emotivo, donde se dan cita un nuevo concepto de la estética de la fiesta —cada día más acusado— y un valor que engendra este su estilo personal, sublimándolo. «Chamaco» tiene en sus más acérrimos detractores sus mejores voceros, ya que a su estilo le cuadra la controversia.

Como he dicho, ambos diestros dieron la corrida de la temporada. Bernadó, todo línea, pausa, suavidad, elegancia, y por qué no, valor. «Chamaco», hondura, emoción, estatismo, impávidez y valor.

Enrique Vera, el torero actor, héroe de «Tarde de toros», y nuevamente héroe en «El último cuplé», que nunca se acaba, estuvo discreto en su actuación, con esta pureza de líneas y de emoción ya un poco almibarada.

José María Martorell, con desgana no fué a ninguna parte. Nos acordamos de aquellos «mano a mano» con Manolo González allá por los años 50 y 51, y francamente en esta ocasión casi le desconocimos. ¡En aquellos tiempos en que hubo exaltado que le creyó sucesor de Manalete!

Joselillo de Colombia, que hacía su presentación en España, con la característica de los toreros americanos: bravura, estuvo discreto.

«El Turia», el torero de los desplantes. El hombre que junto con Mariscal recibiera de novillero más tarascadas, posee hoy un estilo más reposado, aún valiente y batallador. Cumplió en su actuación.

Paco Corpas estuvo bien en su corrida. Toreo el suyo de un sabor clásico, pinturero y alegre, si es que alegría puede haber en los toros; siempre lo hemos dudado.

Chicuelo de Méjico, podemos repetir, aumentándolo, lo de Joselillo de Colombia.

Mario Cabré, en la «Benéfica» entusiasmó con su toreo de cátedra, algo intelectual, pero siempre conciso y sereno.

Ángel Peralta en sus dos actuaciones admiró al público. Su prodigioso dominio de la equitación dió gran belleza a su toreo a la jineta.

Esto en lo tocante a los toreros. Hablemos brevemente de los novilleros.

Joselilo Clavel agradó con las banderillas. De su estilo como torero anótemos sus maneras fáciles, su alegría sencilla, su capa ágil y su muleta aérea, cerca ésta del crepúsculo rojizo de una tarde cualquiera, cuando el sol se descuelga y la luz se rompe.

Antonio Vera, hermano de Enrique, obtuvo un éxito en su presentación.

Sanluqueño toreó tres tardes —dos novilladas y la «Benéfica» con Mario Cabré— Ha mejorado mucho el de San Lucas desde su última actuación en la corrida que cerró la temporada anterior. Con el estoque sigue entrando derecho y recibiendo. Capa y muleta cantan con grito agudo al rojo dominante en el arte de Cúcharres. Sus pies y sus manos son dos retos al silencio y a la cornada.

«El Greco» siempre valiente y con majeza, pero no va a más.

Curro Puya. Gitano puro. Toreo denso, Esencia primaria de la fiesta. Sabor añejo.

Julio Sommerkamp. Naufragó. Al «Ciclón alemán» no le van los toros.

Pepe Luis Ramírez de Castellón, con un toreo poco emotivo, pero bien instrumentado.

Pedro Calvo demostró maneras pero le vimos sin cohesión y sin sitio en la plaza.

Heriberto García, después de mucho porfiar, pudo hacer algo con los toros que le tocaron en suerte. Otra vez puede que tenga más fortuna este torero mejicano.

Juan Carmona, que ya tiene su peña en «España Brava», es un torero en ciernes. Elegante, casi profundo con unos rechazos cargando la suerte, llevando el toro embebido en la muleta.

Valencia es un buen lidiador, lleva la lección muy bien aprendida, pero encontramos a faltar esta verdad que en los toros no es un amasijo de pases, sino algo más hondo que nace en los linderos del valor, del arte y del heroísmo.

«El Negro» con un valor temerario, a veces inconsciente, no convenció.

Y le llegó el turno a Miguel Cárdenas, colombiano cuyos cinco faroles de rodillas, dos en un toro y tres en otro, se pueden anotar ya en las antologías de nuestra plaza. Es lo mejor que hemos visto con la capa esta temporada.

Con la muleta valiente, pero un poco verde.

Los toros, todos ellos del campo de Salamanca. Ganaderías: Cándido García, María Antonia Fonseca y Abdon Alonso. Dieron todos ellos, por lo general, buen juego.

Y ya al final de nuestro comentario, repetimos como colofón de la temporada 1,957, este verso con el que hemos intitulado nuestra crónica:

Ya la sombra de chiqueros cubre la plaza...

Luis Bosch C.